

Recensiones – Reseñas

MARIO DAL BELLO, *Los Borgia. La leyenda negra. Misterios desvelados del Archivo Secreto del Vaticano*, Ciudad Nueva, Madrid 2016, 198 pp.

Mario Dal Bello es un periodista, escritor, crítico de cine y de música, profesor de literatura italiana y enseña Historia del Arte en la Universidad Lateranense en Roma. Como escritor cuenta en su haber con unos treinta libros: *Los últimos días de los templarios*; *Lutero. El hombre de la revolución*; *Secuestro de Pío XII*; y entre ellos el que reseñamos, originariamente publicado en italiano: *La leggenda nera. I Borgia*, Città Nuova, Roma 2012.

El libro, con treinta y nueve pequeños capítulos, se lee como una novela de corrido o como un guion para una serie de televisión. El aparato crítico, comentado y precisado, se ha pospuesto hasta el final (pp. 167-191). Son unas notas que siguen a cada capítulo en los que se aprecia una erudición actual puesta al día y ajena a seguir repitiendo lo mismos sin crítica. Incluye una introducción sobre la leyenda negra y una biografía esencial para los cultores del tema de unas dos páginas, aproximadamente 27 títulos modernos.

Lucrecia Borja, la auténtica, dice el autor, es la encargada de abrir nuestro interés, en las primeras páginas, con el relato de su piadosa muerte; y ella misma, la última de la gran familia del Borja, lo cerrará en capítulo treinta y nueve. Los seis primeros

capítulos nos hablan de Alfonso Borgia (papa tres años como Calixto III desde 1454 a 1458) y el resto de su sobrino por parte de su hermana Juana, Rodrigo Borgia (papa once años como Alejandro VI desde 1492 a 1503).

Desde hace unas décadas, los historiadores serios han revisado el caso de esta familia oriunda de Javita, en Valencia; y se han llevado muchas sorpresas, tanto por lo que se refiere a Lucrecia, como también respecto a su padre, el papa Alejandro, al que le descubren una rara intuición política y una gran capacidad organizativa.

Quizás este sea lo mejor del libro: desmontar con fundamento la capa de leyenda negra, abundante y asfixiante, que desdibuja a las personas; y hacer un poco de contragolpe a la series televisas como la producción española *Los Borgia* (2006), la serie de TV norteamericana *The Borgias* (2011) dirigida por Neil Jordá, protagonizada por el actor Jeremy Irons como Alejandro VI; la serie francesa alemana dirigida por Tom Fontana *Borgia* (2011-2014), también conocida como *Borgia: Faith and Fear*; y la producción franco-alemana-checa *Borgia*, dirigida por Christoph Schrewe.

Así el autor ha querido narrar, más que la leyenda, la verdadera historia de los Borgia en la medida de lo posible, quitándole ese halo fantástico y novelesco propio de las fábulas y de la ficción, para reconducirla a la realidad de los hechos, más fascinantes que la ficción, y sin poder eliminar esos mis-

terios que todavía esperan ser desvelados. Pues como él dice «con los Borgia siempre es posible llevarse sorpresas».

El contexto histórico de estas vidas se enmarca en una época de transición: descubrimiento del Nuevo Mundo, desarrollo de las monarquías nacionales en Francia, España, e Inglaterra, invención de la imprenta, poderío otomano, renacimiento italiano. Es fácil olvidar la distancia cronológica de lo que narramos, así como la diferencia de costumbres, pensamientos y estilos de vida; y cometer el error de juzgar los hechos del pasado según la mentalidad actual, pues la historia de oro de la familia Borja transcurre entre 1450 y 1520. Tenemos que tener en cuenta que la Italia del siglo XV es un hervidero de luchas por el poder entre diferentes familias como los Sforza en Milán, los Medici en Florencia o los Colonna y los Orsini en Roma. El siglo XV también es el siglo del Renacimiento, cuando pintura, escultura y arquitectura parece despertar de un largo sueño de siglos, en la que se inventa la imprenta y comienzan a difundirse los libros. Es una explosión cultural y vital de enorme fuerza, pero también es una época de violencia y excesos en muchos aspectos de la vida

A la pregunta de cómo se explica, por ejemplo, el uso del veneno para eliminar a los enemigos, Dal Bello responde que «los papas de aquellos tiempos estaban inmersos en la mundanidad, y alguno usó incluso la violencia para alcanzar y gestionar el poder. Se comportaban más como jefes de Estado que como hombres de fe».

Los cardenales solían tener una vida mundana con mujeres e hijos, pues el celibato era una ley descuidada por todos, y lo que se buscaba en ellos no era la santidad sino la competencia del gobierno, un alto grado de gestión del poder. Se comportaban más como jefes de Estado que como hombres de

fe. Parece probable que, antes de ser pontífices, tuvieron hijos seguramente Pío II, Inocencio VIII, Julio II y Pablo III. En este contexto hay que mirar a Alejandro VI quien tuvo hijos antes y después de ser Papa. Nos encontramos en los años que preceden al cisma de Lutero, que precisamente nace como una reacción al estilo de vida absolutamente libertino y lascivo en la sociedad que había impregnado a la Iglesia. Francisco della Rovere (1414-1484), como Sixto IV practicó el nepotismo, nombrando cardenales a seis de sus sobrinos, que en realidad parece ser que eran sus hijos, entre ellos Giuliano della Rovere, el futuro papa Julio II. Para quien pueda asombrarse de este tipo de nombramientos, hay que tener en cuenta lo que señala Orestes Ferrara Marino, a saber, que «el cardenalato no era entonces el último premio a una vida dedicada a la fe y al culto: era algo más complejo. El Cardenal tenía muy a menudo funciones de príncipe y de gobernante, y en ocasiones era comisario general cerca de los ejércitos o de las escuadras» (*El papa Borgia*, Milano 1953, 25). Es decir, se trataba de un cargo más político que religioso y, caso extraño, pero real, los papas de mayor importancia del Renacimiento fueron precisamente escogidos entre estos jóvenes que el nepotismo había elevado a la púrpura cardenalicia (Julio II, León X (hijo menor de Lorenzo el Magnífico), Clemente VII (sobrino de Lorenzo el Magnífico), Pablo III; y, fuera de los Papas, el mismo san Carlos Borromeo). El origen de la Leyenda negra podemos circunscribirla en el Diario de la ciudad de Roma, en latín y romancesco, del notario Stefano Infessura (1435-1500), una crónica muy personal en la que refleja los papados de Pablo II (1464-1471), Sixto IV (1471-1484), Inocencio VIII (1484-1492), y comienzos de Alejandro VI; en *El Príncipe* (1513) de Nicolás Maquiavelo; y en la *Storia*

d'Italia (1534) de Francesco Guicciardini. También influyen las perspectivas de los embajadores y en el trabajo de los historiadores Paolo Giovio y Sigismondo de' Conti, casi contemporáneos. A ello se suma la hostilidad de sus contemporáneos: el cardenal Giuliano Della Rovere, futuro papa Julio II; el cardenal agustino y reformador, Egidio de Viterbo, en su manuscrito *Historia XX Saeculorum* conservado en la Biblioteca Angelica de Roma y el oratoriano Raynaldo con los semioficiales Anales de Baronius. Todo ello lo consagra en 1869 la obra de Jakob Burckhardt, *La cultura del renacimiento en Italia*.

La leyenda describe a Alejandro VI cómo corrupto, asesino, poseído por la lujuria, pronto a todo para acrecentar y propagar su poder y el de su familia. ¿Qué hay de verdad y qué de exagerado en esta familia, a caballo entre el medievo y el renacimiento? La realidad es que en Alejandro conviven muchas almas, es un hombre complejo.

En cambio los Documentos de la época archivados en Archivo Secreto del Vaticano nos hablan de un hábil y justo hombre en el gobierno de la Iglesia, devoto de María y de santa Ana, magnánimo con los judíos y mecenas de la belleza artística. Nos hablan de la defensa de la ortodoxia, de cómo reformó órdenes religiosas y monasterios, promovió las misiones en el Nuevo Mundo, y la dignidad de sus habitantes, y en los países orientales. Aparecen muestras de formas de piedad, caridad y oración. Y por otro lado es difícil de comprender con los ojos de hoy cómo un pontífice pudiera tener amantes, hijos, gestionar y ambicionar el poder hasta hacer envenenar a algunos de sus opositores».

La actividad de Alejandro VI resultó extraordinariamente productiva: promulgó diversas medidas de tipo jurídico, como la creación de un Tribunal Supremo compuesto por

cuatro grandes doctores de Jurisprudencia, y el establecimiento de normas tendentes a evitar los abusos judiciales que se producían en los tribunales inferiores. Creó cuarenta y tres cardenales en diez consistorios. Era un buen organizador, con leyes justas y buena administración; restauró la paz y fomentó la agricultura, la industria y el comercio y, además, pretendió lograr la creación de un Estado italiano unido y fuerte, libre de injerencias extranjeras.

Barbara Fralle, la oficial del Archivo Secreto del Vaticano experta en los documentos originales del Papa Alejandro VI, custodiados en el archivo y la biblioteca apostólica del Vaticano sobre la dinastía de los Borgia, explica que la figura de Alejandro VI ha sido tergiversada por la leyenda negra, oscura, tenebrosa, que tiene su base en una pequeña parte de verdad, porque sus personajes y el contexto histórico que los rodea se prestan al romance. De la maldad de uno de sus hijos tenemos abundantes noticias: César Borgia. Es un personaje realmente tenebroso, con una ambición desmesurada, llegando al punto de poder haber matado a su hermano Juan.

Miquel Batllori supo proyectar para el futuro tres coordenadas donde comprender mejor a Alejandro VI: como sumo pontífice –sucesor de san Pedro y pastor de la Iglesia universal–, como soberano de un principado territorial y como cabeza de un linaje con pretensiones de enlazar con las casas reales europeas: «una historia de su pontificado desde uno solo de esos puntos de vista, es siempre parcial y falsa» (*La familia Borja* (OC IV), Valencia 1994, 112).

Así, la verdadera historia de los papas Borgia se está viendo enriquecida actualmente por las perspectivas menos exploradas, relativas a la política eclesiástica, las sensibilidades religiosas y la especulación teológica. También sobre su labor en el plano espiri-

tual, siempre en un segundo lugar por las intrigas políticas; el entorno cardenalicio, compuesto por los hombres que les acompañaron desde tierras valencianas y que desempeñaron un papel clave en la corte papal; la administración de la economía o su labor de mecenazgo.

Sin duda este pequeño libro, que se lee de un tirón, ayuda al gran público a valorar la historia de un mundo que ya no es el nuestro, con sus circunstancias, lleno de valores pero también de sombras, como es casi siempre toda historia humana.

Daniel Watt, L.C.

SERGIO RODRÍGUEZ LÓPEZ-ROS, *Un Jubileo en español*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2016, 204 pp.

Sergio Rodríguez López-Ros (Barcelona, 1970) es doctor en filosofía por la Universidad Ramón Llull de Barcelona y licenciado en Ciencias de Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente es el director del Instituto Cervantes en Roma y coordinador en Italia, San Marino, Albania y Malta, actuando también ante la Santa Sede y la Orden de Malta. Colabora con diversos medios de comunicación. En paralelo a su actividad académica y profesional está comprometido desde el voluntariado con la mejora de las condiciones de vida de la población gitana en Europa. Fruto de este interés son sus primeros libros: *El pueblo gitano. Guía para periodistas* (1998); *Apuntes de pastoral gitana* (2007); y *Gitanidad. Otra manera de ver el mundo* (2010).

Con motivo del Año del 2016 nos ofrece la obra *Un Jubileo en español. Itinerario por la Roma iberoamericana*.

Tiene un precedente en este género al haber colaborado en el dos mil al reportaje fotográfico que ilustra el libro *Roma. Guía del Peregrino* (PPC, 2000). Fruto de esta afición es que tenemos dos series de dieciséis páginas con treinta y dos fotografías cada una que inician en las páginas 80 y 160.

La obra está estructurada en tres apartados generales y nueve capítulos: una introducción con el itinerario de fe en español (cap. 1-2), una fe vivida (cap. 3-5); una fe recordada (cap. 6-8) y el noveno capítulo abarca una bibliografía sencilla pero práctica pertinente al objeto de estudio y con carácter divulgativo (p. 191). Concluye con el índice onomástico (p. 193-199); y el mapa topográfico con las direcciones de noventa y un lugares de interés (p. 201-203).

Inicia con un Índice (p. 5-8); un Prólogo de Don Eduardo Gutiérrez Sáenz de Burugaba, embajador de España ante la santa Sede; un Prefacio de Emmanuele Francisco Maria Emanuele, presidente de la *Fondazione Roma*; y la Presentación de intenciones del autor (p. 19-21).

El capítulo segundo se centra en el lugar central del acontecimiento jubilar, es decir la basílica de san Pedro en el Vaticano.

A continuación dedica tres capítulos a los espacio fundados por españoles, bien a iniciativa personal: “Otras Iglesias fundadas por españoles” (cap. VI); bien de forma institucional: “Iglesias vinculadas a España” y “Antiguas Iglesias vinculadas a España” (cap. III y V); bien las iniciativas Latinoamericanas: “Iglesias vinculadas a Latinoamérica y Filipinas” (cap. IV).

El siguiente capítulo está dedicado a “Otras Iglesias vinculadas a España: Patronato Real, Enterramiento de españoles ilustres, vinculación con santos u órdenes españolas, contribución significativa de españoles (cap. VII).

Capítulo aparte son los lugares que ya no existen o bien no permiten rezar porque han perdido su carácter sacro: “Otras memorias religiosas de lo español en Roma: Palacios y Colegios” (cap. VIII).

La labor de documentación ha sido intensa porque ha ido *in situ* a los lugares, y consultado archivos y bibliotecas. De este modo ha preparado unas fichas que presentan las Iglesias con impronta española e iberoamericana. Cada ficha está dispuesta siguiendo este orden: Cada iglesia suele tener el nombre completo, la fecha de construcción, la dirección actual, la titularidad, un perfil histórico, un análisis artístico, el interés religioso, horarios y un contacto.

En esta romería, con la Verónica en la esclavina, señala algunas novedades, entre otras, San Lorenzo *in Fonte*, antigua terma romana, en Vía Urbana 50, donde san Lorenzo estuvo recluido, una pequeña iglesia detrás de Largo de Torre Argentina, donde se puede bajar y ver la celda (pp. 108-109). Este afán de investigación y novedoso en detalles permea toda la publicación y en diversas notas a pie de página se señala más: “En 2015 he logrado identificar el lugar exacto en el coro” (p. 33). “En 2014 he podido identificar que se trata de la actual iglesia de Santi Giovanni Evangelista e Petronio” (p. 51).

La guía arranca con la España romana, continúa con la etapa de esplendor de las coronas de Aragón y Castilla en Roma, luego con la Roma española desde el siglo XVI al XVIII y finalmente la etapa del siglo XIX desde la visión iberoamericana.

Hay una época dorada que inicia en el siglo XV, especialmente durante los papas Borja, Clemente III y Alejandro VI, tiene su momento culminante con la contrarreforma, de los veinte y nueve santos canonizados en el siglo XVII, veinte y uno son españoles, y pierde fuerza al final del siglo XVIII con el auge de otros imperios.

El autor señala dos lugares donde la comunidad española se ha sentido como en casa: la plaza Navona, antiguo mercado de la ciudad, en torno a ella surgieron varias iglesias; y luego el centro de gravedad pasa a la plaza España, en torno a ella, muchas órdenes fueron ubicando sus casas y se crea así un barrio español. Estas dos zonas son las más españolas de Roma durante el renacimiento y el barroco. Pero también existe una vinculación muy estrecha con Santa María la Mayor; san Pedro *in Montorio* con la Real Academia de España en Roma; el *Rione Regola* donde se encuentra la Iglesia Nacional de España, Iglesia de Santa “Maria in Monserrato e san Giacomo degli Spagnoli”, el Centro de Estudios Eclesiásticos español, etc.

Hay pues un protagonismo histórico en estos siglos. España es el país más antiguo con quien la Santa Sede tiene relaciones diplomáticas, desde 1480; es el único país en contar con un Tribunal de la Rota propio, desde 1771; San Lorenzo es, tras San Pedro, el santo con más iglesias dedicadas en Roma -hasta ocho; y más de un 7% de las 900 iglesias construidas en Roma a lo largo de su historia tienen relación con España. Cuatro de las siete universidades pontificias fueron fundadas por españoles: *Angelicum*, *Gregoriana*, *Urbaniana* y la *Santa Cruz*. Hoy en día el español es el idioma del 46% de los católicos y España sigue siendo el primer contribuyente a las misiones.

Por decirlo así, la marca española, en Roma, centro de la Iglesia católica se señala por tener cuatro de los treinta y un doctores de la Iglesia: san Isidoro de Sevilla, san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús y recientemente san Juan de Ávila.

Los países de lengua española están a la cabeza en cuanto a número de santos canonizados, con un total de 802; y cinco de las grandes órdenes –dominicos, jerónimos,

mercedarios, jesuitas, escolapios- fueron fundadas por un español.

Sáenz de Buruaga ha señalado que “Roma tiene muchísimas capas, no es como otras ciudades del mundo. No es monumental como París, ni cosmopolita como Nueva York. La ciudad de Roma tiene algo diferente a todas las demás del mundo. Es normal que los turistas vean Roma referencias que les recuerden a sus países. Con esta obra pretende acercar a todos los amantes de la cultura española a esas huellas que todavía perviven. Lo que demuestra la importancia de la cultura española en Roma, porque esta ciudad no se entiende sin su aportación española”.

España no solo crea obras sino que crea modelos, formas de hacer. Y esto es lo que configura una influencia muy grande en toda la cristiandad durante los siglos. Es fácil darse cuenta en Roma que el diálogo entre fe y cultura es esencial. En esta ciudad se ve que “a lo largo de la historia la Iglesia siempre ha trabajado en obras que sean perceptibles por la gente de esa época”. Esa es la clave: que la transmisión de la fe sea comprendida por las personas de cada época.

El libro permite organizar diversos itinerarios personalizados: santos, ruta laurentina, dominicana, ignaciana, carmelitana, escolapia.

La obra se ofrece como una opción para recorrer Roma en clave de fe y en los lugares donde España ha dado su aporte y poner en valor que Roma tiene un carácter universal, pero también es lo que es gracias a la aportación española de personas e instituciones.

Daniel Watt, L.C.